

## *El lugar de la verdad en la cultura del porteño*

*Carlos Ernesto Quadri*

El mayor enemigo de la verdad en Buenos Aires es la propia cultura del porteño. Es ésta la que, por medio de distintos procesos, la desvaloriza, reemplaza, pospone, desalienta su búsqueda. Cuando sepamos alguna verdad nuestro mayor obstáculo no será tanto el freno que puedan poner los poderosos a su difusión como las distintas barreras que la cultura del porteño presentará, deliberadamente o no, a la “difusión social” de la verdad (1). Aquí analizaremos parte de la cultura del porteño actual con la esperanza de que al conocerla más sus miembros podremos modificarla, lentamente, con el ritmo propio de los fenómenos culturales.

Sondearemos tres características de la cultura del porteño que operan como obstáculos a la difusión social de la verdad: la cultura de la injusticia (que la reemplaza o pospone) el sentido común porteño (que la desestima) y el descreimiento de la grandeza (que desalienta su búsqueda) No nos proponemos hacer un estudio abarcativo ni definitivo de la cultura del porteño, sino una aproximación reflexiva a la misma.

### **La cultura de la injusticia**

En este punto nos proponemos desentrañar qué extrañas relaciones se traban en la cultura del porteño entre una serie de elementos: justicia, revanchismo, alegría, complacencia y verdad. Nuestra hipótesis es que existe algo que podríamos denominar “la cultura de la injusticia”. Es una forma de comportamiento que, merced al cariz de las creencias y sentimientos que tiende a reproducir, termina legitimando en los hechos las injusticias sufridas y aumentándolas al no sancionarlas. Que se prefiera la injusticia de la que se puede reír a la justicia que dignifica, que se prefiera la complacencia a la auténtica alegría y la venganza de todos contra todos al amor son sus características. Esta cultura también tiene como segundo resultado el “retraso” de la verdad.

Comencemos: Podría dudarse con fundamentos sobre si en nuestro país hay efectivamente justicia. Pero para la sociedad esto no sería lo peor. Peor es la inacción causada por la percepción de que no hay justicia. En lugar de demandar justicia se cae, en una primera instancia, en la inacción. Esta troca luego en una especie de justicia degradada que podríamos llamar revanchismo. El revanchismo consiste en vengar una injusticia sufrida perjudicando a terceros inocentes que resulten

socialmente accesibles (Así, el colectivo se venga de alguna injusticia sufrida en el ámbito laboral conduciendo irresponsablemente a los pasajeros) (2) Veamos la relación entre revanchismo e injusticia. Cuanta más energía es puesta en el revanchismo, hay menos demanda de justicia y, a la larga, más injusticia. A su vez, la mayor injusticia parece llevar a un revanchismo más encarnizado. Revanchismo e injusticia se alimentan entre sí. Este es un primer nudo de la cultura de la injusticia, importante para comprender la dinámica de esta cultura. Sostengo que este nudo, en la forma de círculos viciosos, está enquistado en la sociedad.

Examinemos ahora cómo se vincula la injusticia con la alegría y la complacencia. En lugar de producir una indignación que lleve al reclamo, la injusticia a veces produce una indignación pasajera y parece predisponer el ánimo de los porteños a la alegría o a la complacencia. Pero la injusticia no permite la aparición de la alegría. La alegría no surge cuando hay injusticia. Sin embargo, parece que se generara una especie de necesidad de sentir algo que podríamos llamar complacencia. La complacencia está compuesta de dos elementos: una creencia algo mágica que supone que no hablando de la injusticia y reemplazando situaciones injustas por situaciones chistosas se "detendrá" la verdad. Y un sentimiento, generado por esa creencia, que es mezcla de resignación, gracia, envidia y aprobación embozada. La complacencia pareciera compensar la injusticia y ser como un mecanismo distensor del revanchismo. La complacencia no puede detener realmente a la verdad, sino sólo suspender su aparición. Sin embargo, esto es suficiente para generar injusticia. La verdad no es conocida a tiempo, cuando resulta necesario conocerla. Mediante este procedimiento se legitiman las injusticias. Recapitulemos entonces: creyendo escapar de la injusticia, recurrimos a la complacencia: ésta retrasa la verdad, lo cual genera más injusticia, luego más revanchismo y complacencia, más injusticia y así quizá se vuelve a empezar. Este es el gran círculo vicioso de la injusticia. A más injusticia, más ausencia de verdad. A más ausencia de verdad, más injusticia. Este es pues el primer obstáculo a la difusión social de la verdad: los porteños preferimos la complacencia a la verdad.

### **El sentido común porteño**

Analicemos ahora el segundo obstáculo. ¿Cuál es el sentido común del porteño actual? En este sentido común, ¿hay lugar para la verdad?

El sentido común porteño define el sexo y el poder como realidad última explicativa y presente en todo acontecer. El sexo y el poder parecen explicar toda conducta, desentrañar sus verdaderas motivaciones o en su defecto ponderarlas al ubicarlas en su escala de valores. Sexo y poder son verdaderos valores para los porteños. Se hallan postulados como estados valorizados casi por encima de todos

los demás. El sexo y el poder no sólo explican todo, sino que lo son todo. Sexo y poder se hallan imbricados en el imaginario del porteño: lo ejemplifica la permanencia del vocablo "joder" en el lenguaje popular. De connotar otrora al acto sexual pasó, sin modificaciones, a significar la situación en que alguien perjudica a otro imponiéndole su voluntad aun contra resistencias (nótese la similitud del significado con el concepto de poder en Weber: poder significa la probabilidad de imponer la propia voluntad dentro de una relación social, aun contra toda resistencia y cualquiera que sea el fundamento de esa probabilidad. Esto deja de ser casual cuando se piensa que las relaciones sexuales han pasado a adoptar en gran medida el modelo de las relaciones del poderoso con el oprimido. El sentido de las relaciones sexuales es, principalmente, la explotación y el abandono del otro. Esto es lo que hace, por otra parte, tan inestables las relaciones. El objetivo es "ganarle" al otro. El sexo no es concebido como una experiencia sino como una contienda. Es un triunfo sobre el otro y una ventaja sobre los que quedan afuera de la relación sexual. Por otra parte, el sexo y el poder adoptan el status de argumentos irrefutables. Más aún, aparecen como argumentos respetados. Frente a ellos, la queja más fundada no tiene lugar. Volvamos al tema principal: una primera mirada sobre el sentido común del porteño nos deja ver entonces el sexo y el poder como instancias explicativas de la realidad y a la vez como la trama de la realidad misma. El sentido de la vida social para el porteño parece ser la búsqueda y el ejercicio del poder y el sexo. En la medida en que no reside en la búsqueda y difusión de la verdad, sino que más bien la reemplaza dejándole poco espacio, la cultura del porteño la desestima y aparece como obstáculo de la misma. Lo que tiene visos de sexo y poder parece verdadero, lo que no lo tiene parece falso. Los porteños no creemos ya casi en ningún hecho cuyas motivaciones últimas no parezcan ser el sexo o el poder. Cuando es evidente que no es esta la motivación, hacemos algún chiste para adaptarla. Creemos conservar así nuestro sentimiento de cotidianeidad. El problema es que esta forma de pensar o creer desestima la verdad. No la precisa puesto que cree ya conocerla. Resulta así difícil difundir la verdad.

### **El escepticismo de la grandeza**

Veamos finalmente el tercer obstáculo: el escepticismo de la grandeza. Este se observa en diversas manifestaciones.

Se observa en el rechazo cómico de todo intento de ganar prestigio. Este se basa en un igualitarismo furioso que quiere nivelar todas las diferencias simplificándolas vulgarmente. Es paradigmático de esto el trato que ciertos funcionarios del gobierno actual dieron a los científicos argentinos. De acuerdo con esta vertiente, la verdad de que ciertos hechos, personas e instituciones de nuestro país merecen prestigio no

es reconocida.

El escepticismo se observa también en el repliegue sobre lo cotidiano, conocido y familiar ante la aparición de alguna cosa que se postula como prestigiosa. Aquí lo cotidiano no es la reflexión sino el estado de irreflexividad en que vive el porteño. De esta manera se explica que el porteño no tenga en cuenta hechos e instituciones que ostentan prestigio, por ejemplo, en el ámbito académico (como el Conicet) o que sean desconocidos numerosos argentinos que se destacan en sus labores alcanzando prestigio mundial (Premios Nobel, científicos eminentes o artistas de excepción). Estos son los “campeones ignorados” de nuestro país. Esta verdad es desconocida, retaceada o renegada.

El escepticismo se observa finalmente en la interpretación de todo lo que ostenta efectivamente prestigio, en clave vulgar. Esto se hace patente en las diversas manifestaciones del humor argentino de los últimos tiempos. Paradigmáticamente en el personaje de Minguito Tinguitella. En él, el sentido de los chistes no reside tanto en el juego de palabras como en el hecho de cómo las cosas prestigiosas quedan reducidas a cosas vulgares. No existe –o supuestamente no existe– lo extracotidiano. Y paradójicamente allí reside el carisma del personaje. Es carismático no por ser extracotidiano –según la definición weberiana– sino que la cotidianeidad es la raíz de su carisma. Exceptuando el elemento carismático, presentan un similar sentido los personajes de Landriscina y hasta Les Luthiers, otros humoristas como Sapag, Porcel y Olmedo y las versiones más próximas, lindantes con el periodismo de Tinelli y Pergolini. En todos los casos la clave es reducir lo prestigioso o a lo sumo, cuando median intereses propagandísticos, procurar imponerlo. Pero la reducción a lo vulgar es lo que todos tienen en común. Hay sin embargo excepciones: el humor de Verdaguer, Perciavalle y algunos momentos de Gasalla toman otro cariz. En ellos lo cómico no es la reducción a lo vulgar sino lo vulgar mismo. Pero la inmensa mayoría de los humoristas siguen la línea antes detallada. Es, pues, significativo e indicativo de en qué sentido opera el sentido común porteño.

El sentido del escepticismo de la grandeza reside en que descreer de la grandeza lleva, entre los porteños, a desalentar la búsqueda de la verdad. Si lo prestigioso no existe ¿para qué detenerse en determinar si los hechos son verdaderos? ¿Cuál será el sentido de discernir la verdad, si nada valedero es posible? Entonces –razona el porteño– abandonemos la búsqueda de la verdad y basemos todo discernimiento en nuestros prejuicios. Esto, llevado al extremo, conducirá finalmente a otro resultado: como el porteño ha llegado a hacer del descreimiento de la grandeza algo cómico, como se ve en las manifestaciones observadas, terminará condenando prematuramente a lo posiblemente grande a no aparecer y enseñando a las nuevas generaciones a reír de esto. Así será el propio porteño, el que se niegue la posibilidad de la grandeza, para permanecer encerrado en su prejuicio.

### A modo de conclusión

Algunos sociólogos suelen ser a menudo profetas exitosos del desastre. Nosotros hemos de rechazar con honra esa fama cuyo precio cobraríamos a cambio de miserias y desdicha para la sociedad a la que supuestamente servimos. Debemos tener otra actitud: hemos de ser de los que luchen activamente contra el desastre, buscando torcer el rumbo errado. Debemos tener una actitud similar a la que, por ejemplo, adoptaron Karl Mannheim o Erich Fromm ante la catástrofe de la segunda guerra. Mannheim, particularmente, pasó a proponer una democracia militante que saliera en defensa de valores comunes a la tradición occidental. Hemos de tener una actitud parecida: no basta con advertir o adivinar los desastres: hay que evitarlos. Por ello, nuestra tarea, como hombres y como estudiosos de la sociedad, no es sólo discernir la verdad, sino intentar que llegue finalmente a sus destinatarios. Habremos de hallar duras resistencias, la resistencia mayor estará en las mismas víctimas de la cultura de la injusticia, que no querrán la verdad, sino la complacencia. Allí nuestro mayor enemigo será la indiferencia, el desaliento y la resignación. Finalmente, debemos, junto a las víctimas, exigir a los responsables de administrar justicia que desempeñen correctamente su labor. Difícilmente el pueblo argentino sienta alegría, auténtica alegría, si no hay primero justicia.

### Bibliografía

- Brown, Harold. *La nueva filosofía de la ciencia*.
- Fromm, Erich. *El miedo a la libertad*, Buenos Aires, Paidós, 1970.
- Mannheim, Karl. *Diagnóstico de nuestro tiempo*.
- Sebreli, I. *Buenos Aires, vida cotidiana y alienación*, Buenos Aires, Siglo XX, 1964.
- Weber, Max. *Economía y Sociedad*, México, FCE, 1944.

### Notas

- (1) En contra de la posición de Harold Brown en "La nueva filosofía de la ciencia" donde se adopta el supuesto de una "verdad 2", o sea que es verdadera cualquier proposición que forme parte del conocimiento científico, aquí suponemos que hay un conjunto de verdades relativas a todos los miembros de una comunidad (como por ejemplo el nombre, fecha de nacimiento, edad de todos) que resultan objetivas y que pueden por tanto difundirse socialmente sin modificaciones sustanciales.
- (2) Algo parecido refería Sebreli en Buenos Aires, vida cotidiana y alienación: "La oligarquía consigue mediante esta escisión (entre sectores de clase media y sectores popula-

res) que los obreros desvién su atención y vean en el pequeño burgués, mucho más visible para ellos que la alta burguesía, al verdadero enemigo” (Sebreli, 1964).